

EL CAMINO DE LA JUSTICIA

Discurso en el Primer aniversario del Simposio de los Derechos Humanos

25 de noviembre de 1979

Queridos amigos, muy queridos hermanos:

Una vez más nos reunimos en esta Iglesia Catedral, para recordar la Declaración que hicimos hace un año, aquí mismo. En realidad nosotros queremos recordarnos a nosotros mismos, y recordarles a todos los hombres de buena voluntad los grandes valores humanos, los derechos del hombre, que nosotros amamos, que nosotros queremos ver respetados en todos los hombres.

Lo deseamos, mis queridos amigos, no por afán mezquino y pequeño; no por conseguir la situación del momento, en nuestra tierra o en cualquiera otra parte. Lo hacemos porque estimamos profundamente, inmensamente, los valores del hombre. Los consideramos el tesoro más grande que Dios le haya dado a cada hombre.

Si, Dios nos ha hecho hijos suyos Somos hermanos todos los hombres y, como tales, nos ha dado derechos que todos tenemos que respetar. No son cosas políticas estos derechos. El Santo Padre nos lo ha recordado. Y siguiéndolo a él, yo os lo recuerdo en esta tarde.

Estos derechos nacen del alma espiritual del hombre. Son derechos espirituales y, por lo tanto, nos toca, a la Iglesia de Cristo, tutelar esos derechos, y hacer, si fuere posible, que todos los hombres los respeten.

Es nuestra tarea. No es que nosotros seamos políticos. No es que nosotros seamos sociólogos. No es que nosotros seamos empresarios. Nosotros somos enviados de Cristo, el Señor. Somos la pequeña grey que El ha enviado al mundo para cumplir una misión de gigantes: enseñarles a los hombres todo lo que El nos ha enseñado; dándoles la fuerza misteriosa para practicar esas verdades y haciéndolos amar a su hermano, el hombre.

Una doctrina que enseñar, una fuerza de gracia que comunicar, un amor que practicar. Eso somos nosotros; somos técnicos en una sola cosa, mis queridos hijos. Somos técnicos en humanidad. Y este derecho lo reivindicamos después de 2.000 años de lucha, después de mucha sangre vertida, después de muchas verdades pronunciadas a la faz del mundo entero.

Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los primeros misioneros y apóstoles. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los mártires que derramaron su sangre por estos ideales. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los padres y doctores de la Iglesia que enseñaron a la humanidad el camino del hombre, el camino del amor, el

camino del respeto. Eso creemos que somos, y por eso pedimos respeto y consideración.

En verdad, hay una luz que nos guía. Hay una luz que nos señala el camino. Y después de un año de nuestra Declaración de Santiago, han pasado muchas cosas, pero todas ellas, todas ellas están de acuerdo con lo que nosotros hemos dicho. Los obispos nos hemos reunido en Puebla. Los obispos representantes de toda América Latina. Presididos por nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, hemos estudiado, hemos orado, hemos meditado y hemos comunicado a los pueblos de América nuestro parecer.

Todos ellos, todos estos obispos, todos nosotros les hemos manifestado a nuestros pueblos el amor inmenso que tenemos por el hombre. Hemos llorado por la situación triste que muchos de nuestros pueblos sufren y hemos pedido a los hombres de buena voluntad de esta Tierra que oigan la voz del Señor y la voz de su Iglesia. Y que trabajen denodadamente para que la verdad del Evangelio, que se manifiesta en la Doctrina Social de la Iglesia, sea una realidad en nuestros pueblos que se dicen cristianos. Y a los hombres que gobiernan, y a los hombres que detentan el poder económico, y a los hombres de Iglesia, y a los hombres de buena voluntad y a los pobres de este continente, nosotros les hemos pedido que, dejando a un lado el odio y la prepotencia, sigan el camino de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz, que es el único que nos podrá dar la seguridad nacional a que aspiramos; que es el único que podrá forjar la grandeza de estos pueblos.

¡No a la guerra! ¡No a la violencia! ¡No a la conculcación de los derechos del hermano! Eso hemos dicho. Eso hemos pedido.

Lo pedimos con humildad. Lo pedimos sabiendo que no tenemos ninguna fuerza física para imponer nuestras ideas. Sólo contamos con la bondad del Dios que nos ha enviado; con su Espíritu que nos ilumina y nos guía; y con la comprensión y sensatez de los hombres de esta Tierra. Y esperamos que esto sea una alborada de un hermoso día que las Américas quieren vivir, que los hombres de esta tierra tienen derecho a gozar.

Han pasado otras cosas, mis queridos hijos. El Santo Padre ha visitado diversos países. Y ha venido a nuestra América. Ha sido aclamado como nadie. Como ningún hombre tal vez en la historia de estas tierras y en la historia de la humanidad. Ha sido querido, aclamado y aplaudido. No porque se trate de un hombre, no porque se trate del Jefe de una religión. Es porque los pueblos han visto en él al hombre que representa con fidelidad a la verdad, a la justicia, al amor.

La verdad, la justicia y el amor tienen un nombre, mis queridos hijos: se llama Jesucristo. Y él lo representa. Lo representa con humildad, lo representa con decisión y viene a enseñarnos, viene a suplicarnos, viene a rogarnos que nosotros oigamos esta voz, porque es la voz de la paz, de la justicia, de la verdadera convivencia humana.

Nosotros lo hemos visto. Hemos presenciado este espectáculo grandioso. Y

hemos oído su voz. No podemos menos que recordarlo con inmensa gratitud. Nuestras pobres palabras y nuestro pobre actuar de Obispo se han visto confirmados en las palabras del Pastor, del Vicario de Cristo, de aquel que nos representa como nadie. Al Señor, presente entre nosotros.

Y en estos días, mis queridos hijos, han sucedido otras cosas, no bellas. Lo presenciamos en un país del Asia. Existe, en este momento, una situación difícilísima. Hombres que dicen amar a su Dios, no parecen que quieran respetar a sus hermanos. Y nosotros, sin querer ofenderlos, sin hacer un juicio sobre todo lo que ellos han sufrido, pero sabiendo que hay quien es nuestro Juez y quien es nuestro Padre, nosotros, humildemente, desde este confín de la Tierra, les pedimos que sepan amar, que sepan respetar a sus hermanos, que respeten al inocente, que no busquen en la guerra una solución que no lo es, porque siempre habrá hombres de buena voluntad que sabrán encontrar los caminos de la comprensión, de la justicia y de la paz.

Nos han dicho con insistencia que nosotros, los Obispos de Chile, tenemos que ser obedientes al Santo Padre, el Papa.

¡Qué hermosa recomendación! Les agradecemos a quienes la han dicho, si la han dicho con la buena voluntad y con el buen deseo de que sea una realidad. Queremos ser fieles a Cristo, el Señor, presente en la persona de su Vicario. Pero también les pedimos a quienes nos dicen estas cosas, que también ellos, por amor a Cristo, que también ellos conozcan la voz del Pastor, y la oigan y sean fieles a esa voz. No les pedimos otra cosa.

Nosotros estamos dispuestos a callar. Estamos dispuestos a no molestar a nadie, siempre que ellos oigan la voz del Pastor y la sigan. Nos sentiríamos tan felices. Nosotros estaríamos ciertos de haber conseguido el fin de nuestras vidas. No queremos otra cosa.

Porque quiero recordar la voz de ese Pastor que a todos nos obliga, voy a terminar con las palabras de él, dirigidas a los pueblos de América, de América Latina, de la América Española que aún reza a Jesucristo y que todavía habla en español, como dijo el poeta.

¡El hombre! El hombre es el criterio que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer.

Lo recobrarán, solamente, si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma, son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones.

Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana.

Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad, y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo, en la solidaridad, deben dar nueva vida aquellos que, en uno u otro grado, ya gozan estos bienes, para el servicio de todos aquellos -y son todavía tantos en nuestro continente- que están privados de ellos en medida a veces dramática.

El desafío del desarrollo merece toda vuestra atención. También en este campo lo que vosotros logréis, puede ser un ejemplo para la humanidad. Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agricultura y del medio ambiente, son, en larga medida, una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal, que se extiende más allá de confines y regímenes. Sin menoscabo de las responsabilidades de los estados soberanos, descubríis que es una exigencia lógica para vosotros el ocuparos de problemas, como el desempleo, emigración y comercio, en cuanto preocupación común, cuya dimensión continental pide de manera cada vez más intensa soluciones más orgánicas a escala continental.

Todo lo que vosotros hacéis por la persona humana detendrá la violencia y las amenazas de subversión y desestabilización. Porque al aceptar con valentía las revisiones exigidas por "este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre -digamos de la persona en la comunidad- y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas o regímenes* dirigís las energías de vuestro pueblo hacia la satisfacción pacífica de sus aspiraciones".
(Redemptor Hominis, 17).

Sí. Nosotros queremos dirigir las aspiraciones de todas nuestras fuerzas, de todas nuestras almas, a satisfacer los anhelos profundos y justos de nuestros pueblos. Y queremos que esto se haga por amor a Jesucristo, por amor a su hermano, por amor a nosotros mismos.

Lo pedimos, lo suplicamos, humildemente hacemos constancia de que esto no admite demoras. Que los pueblos de nuestro continente tienen derecho a ser oídos. Pedimos a todos los hombres de buena voluntad de esta Tierra, de nuestra América y si nuestra voz llegara más allá de todo el mundo, que sepamos respetar los derechos de nuestros hermanos, porque ellos constituyen la base estable de una sociedad justa y pacífica.

Así sea.

Santiago, 25 de noviembre de 1979